



Propaganda electoral del candidato demócrata. McGovern hablando con obreros.

McGOVERN, UNA ALTERNATIVA REAL

Washington, las elecciones y todo eso, pero la ciudad está tranquila. Nada en las calles presagia el acontecimiento máximo en la vida política americana. Ni desfiles, ni concentraciones, ni tan siquiera propaganda masiva.

Sin embargo, las elecciones están ahí, a la vuelta de la esquina. Las gentes lo saben, no hablan mucho, quizá porque ya han tomado su decisión y sólo aguardan el momento de votar.

Hace cuatro años, la apatía era completa, no había mucho donde elegir. Tanto montaban Nixon como Humphrey. El dilema entre un antiguo mccarthysta ligado a los intereses de los monopolios, refractariamente conservador y de cortos alcances, y la vulgaridad mediocre de H. H. no animaron apenas al heterogéneo cuerpo electoral americano.

Ahora es distinto. Frente a la Administración y las perspectivas políticas nixonianas, McGovern representa una alternativa real. Alternativa que no supone una meta en sí misma, sino un camino. Muchos de los votantes de McGovern ven ante todo en él la honestidad del viejo liberalismo americano, cuyo espíritu y letra está en la Constitución, pero que se ha deformado y degradado con el tiempo a causa de las posiciones adoptadas por sucesivos Gobiernos, de la preponderancia del militarismo, de la confrontación agresiva con el socialismo, de las ansias de libertad e independencia de los pueblos y muchas cosas más.

Si exceptuamos a la clientela habitual de los demócratas, el resto de fuerzas que apoyan a McGovern ven en él la posibilidad de clarificación de la política ameri-

cana, de que la Constitución pueda reinterpretarse a la luz de nuestro tiempo. El Partido del Pueblo (Socialista), del doctor Spock, que presenta también candidatos a la Presidencia, plantea esta cuestión como base de su programa: reinterpretar la Constitución con arreglo a las necesidades actuales. Vincularse a las tradiciones políticas del país para hacerlo marchar por sendas anti-imperialistas, de democracia real, de participación popular en el Gobierno.

Los candidatos

He hablado con mucha gente, jóvenes casi todos, estudiantes, profesores, empleados. En una cosa coinciden: su repulsa a Nixon. Una chica que me acompañaba en la National Gallery dijo en tres frases contundentes que las armas no se supriman porque sus fabricantes forman un fuerte grupo de senadores en el Senado, y a estos padres de la patria les apoya el mismo Nixon.

En un restaurante del Georgetown washingtoniano, pregunté a un profesor sobre la violencia —algo que se observa en las gentes de color, en los policías con sus revólveres a flor de mano, algo que se deduce de los siete millones de parados, de las condiciones de vida de algunos barrios, de la escalofriante desigualdad entre los privilegiados y el resto de la nación—, le preguntamos sobre los crímenes frecuentes. La respuesta fue lapidaria: «El mayor asesino está en el poder, y ése sigue suelto».

Todos con los que hablamos piensan votar a McGovern, pero ninguna confía en su victoria.

Existe una especie de convicción de que en las grandes ciudades ganará, pero el campo y las ciudades pequeñas del medio Oeste forman una masa formidable, que estará con Nixon, con el espíritu de la grandeza americana, con su sentido del poder, de prioridad sobre todos los pueblos.

Un estudiante de parecidas opiniones me dice: «McGovern perderá, pero ha hecho algo muy importante, convertir el partido demócrata en algo nuevo y vivo, desplazar a los profesionales. En cuatro años, aunque pierda las elecciones, él será el poder, porque representará al núcleo vivo y activo del país».

A pesar de estos testimonios, de las encuestas de opinión, nadie puede afirmar de antemano qué va a suceder. Nadie apostaba un dólar por Truman, y Truman ganó. McGovern tiene detrás lo que ningún político yanqui ha conseguido: una masa activa que quiere o busca algo. Además no representa sólo una forma de administrar, sino una opción política, a la americana, pero política desde hace muchos años.

La alternativa de McGovern sólo puede interpretarse en el seno de los propios Estados Unidos. No es exportable ni transferible. La izquierda americana —la clásica y la menos, con un pragmatismo que creo nos parecerá perfectamente comprensible a los españoles— apoya veladamente a McGovern. No se trata simplemente de estar con el menos malo. Lo que se discute roza casi la legalidad constitucional, la honradez de la gestión, la autenticidad de las libertades políticas y esa es la esperanza que representa McGovern.

La máquina de votar

En Washington, frente al Kennedy Center, junto al río Potomac, hay unos grandes edificios de tiendas lujosas, de pasillos alfombrados. Dentro se exhibe el modelo de la máquina de votar y se procede a un sondeo preparatorio de la opinión.

El lugar está rodeado de cenefas rizadas de papel, con los colores de la bandera americana. La alfombra, las cortinas, recogen también el cromatismo patrio. La máquina tiene una anchura de metro y medio por dos de alto. Los jueces de distrito mueven una manivela exterior, que abre el voto al ciudadano. Este pasa a un pequeño compartimento, acciona otra palanca hacia la derecha y corre automáticamente unas cortinillas que lo separan del exterior. En el frente de la máquina se hallan las listas de candidatos. Se baja un pequeño resorte señalando la lista que se elige. Finalmente, se corre la palanca a la izquierda y el voto queda escrito.

En Washington sólo figuran los candidatos demócratas, republicanos y del partido americano (fascista). Los otros aspirantes, independientes o socialistas, sólo aparecen en las máquinas de los Estados que los admiten, o en los que han presentado el número de firmas que obligan a su inscripción.

Por unos segundos he sido un ciudadano de este país que ha participado en este libre sondeo de opinión. Yo, pragmático también, he votado a McGovern. ■
JUAN ANTONIO HORMIGON.
Washington, octubre de 1972.